

LITERATURA.

Galería

DE

Ingenios Contemporáneos.

DON MANUEL JOSE QUINTANA.

Madrid, patria de tantos famosos españoles, lo es también del célebre poeta é ilustre ciudadano D. Manuel José Quintana. Nació este ingenio el día 11 de abril de 1772; después de haber hecho sus primeros estudios en esta corte, aprendió la latinidad en Córdoba, la retórica y filosofía en el Seminario Conciliar de Salamanca y el derecho civil y canónico en la universidad de la misma.

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia en que tuvo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1795 con algunas composiciones líricas; en 1801 dió al teatro la tragedia del *Duque de Viseo*, imitada de un drama inglés, que se representó en el coliseo de la Cruz. En 1802 publicó un *Tomo de Poesías*, reimpresas después diferentes veces, y por el mismo tiempo escribió, como principal redactor, en el periódico titulado *Variedades de ciencias, literatura y artes*. Después dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los Caños del Peral en enero de 1805. En 1807 publicó el tomo primero de las *Vidas de Españoles célebres*. En 1808, la colección en tres tomos de *Poesías selectas castellanas*, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días. En el mismo año dió á luz sus *Odas á España libre* y á otros argumentos de igual naturaleza, y entonces escribió también en el *Semanario patriótico*, periódico político, emprendido en compañía de otros amigos

TOMO II.

para fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasión francesa. A nombre de los diferentes gobiernos que se sucedieron durante la guerra de la independencia, publicó el Sr. Quintana varios *Manifiestos*, *Proclamas* y *Decretos*; y en los años de 1830 y 1833 dió á luz otra colección de *Poesías selectas castellanas*, aumentada con diferentes ilustraciones críticas y con dos tomos de poesía épica antigua: el tomo segundo de las *Vidas de Españoles célebres* en 1830 y el tomo tercero en 1833.

El Sr. Quintana es individuo de la Real Academia de S. Fernando y de otras sociedades económicas y literarias.

He procurado hacer una breve reseña de la carrera literaria de este poeta, sin detenerme á prodigar á cada una de sus obras los grandes elogios de que todas son dignas, y de que tal vez hubiera podido resentirse la suma delicadeza del Sr. Quintana. Siendo este escritor uno de los pocos sobre cuyo mérito están acordes los hombres de todos los partidos políticos y literarios, inútil será decir que también lo están sobre este punto los jóvenes que componen la redacción del *Artista*, en lo que no hacen más que unirse sinceramente al voto universal de todos sus compatriotas.

Daré ahora con la misma brevedad una ligera reseña de los diferentes destinos que tan dignamente ha desempeñado el Sr. Quintana en su carrera política, y que le han elevado á la alta categoría social en que actualmente se halla, con no menos gloria para él que para la nación que así sabe premiar los talentos y patriotismo de sus hijos.

Graduado en ambos derechos y recibido de abogado, el primer empleo que tuvo fue el de Agente Fiscal de la Junta de Comercio, después censor de teatros; y sucesivamente oficial mayor de la Secretaría general de la Junta central, Secretario del Rey con ejercicio de Decretos, Secretario de la Interpretación de Lenguas, vocal de la suprema junta de censura en la primera época de las Cortes, y también individuo de la comisión nombrada para la formación del nuevo plan de estudios, en la que fue encargado de estender todos los trabajos que se presentaron al gobierno y se aprobaron después por las Cortes.

De resultas de los acontecimientos de 1814 padeció una prision de seis años, al cabo de los cuales, restablecido el gobierno Constitucional, volvió á ser secretario de la interpretacion de lenguas y vocal de la suprema junta de censura. Formada la direccion general de estudios en 1821, fue hecho presidente de ella, hasta que en 1823 fue abolido otra vez el sistema Constitucional, y por consiguiente el Sr. Quintana vuelto á ser despojado de sus empleos y de todo influjo público.

Retiróse entonces á un pueblo de Extremadura, donde residia su familia paterna, y allí vivió hasta setiembre de 1828, en que se le permitió restituirse á Madrid á continuar sus trabajos y estudios literarios. Al año siguiente fue nombrado vocal de la Junta del Museo de Ciencias naturales, y despues en 1833 restablecido en su antiguo empleo de secretario de la interpretacion de lenguas. Ultimamente ha sido elevado á la dignidad de Prócer del Reino y nombrado ministro del Consejo Real.

Respira en todas las composiciones de este poeta un carácter eminentemente patriótico, siempre unido á la mas profunda filosofía: él es la divisa peculiar de sus cantares y la causa de su inmensa popularidad. La musa de Quintana, tan conocida en España y en América, rara vez se entusiasma con otros acentos que con los de la patria y la libertad. Por eso es tan cara á los españoles; por eso es tan verdaderamente nacional.

¿Será necesario, por ventura, citar ejemplos en comprobacion de esta verdad? Inútil lo creo, pues todo el que haya leído cualquiera de sus composiciones, conocerá que es imposible reunir con mas frecuencia y mas acierto que lo hace el Sr. Quintana las severas palabras de la filosofía al arrebatado entusiasmo del patriotismo. Sus odas á Guzman el Bueno, al combate de Trafalgar, á Padilla, al Mar; su magnífica composicion al Panteon del Escorial, donde se halla aquella admirable pintura de Felipe II;

La aleve hipocresía

En sed de sangre y de dominio ardiendo,

En tus ojos de víbora lucia,

El rostro enjuto y miserables facciones

De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubria
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

su oda á la invencion de la Imprenta, de que no es posible acordarse sin citar aquellos versos tan celebrados;

¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcan reventó, y á su porfia
Los soberbios cimientos vacilaron.

¿Que es del monstruo decid, inmundo y feo,
Que abortó el Dios del mal y que insolente
Sobre el despedazado capitolio
Á devorar el orbe impunemente
Osó fundar su abominable sólio?

la que dedicó á D. Francisco Balmis, por su expedicion á América; todas sus composiciones, en fin, puras hijas del mas acendrado patriotismo, revelan un ingenio superior, digno de los aplausos que le tributa la generacion presente y que le tributarán sin duda las venideras. = E. DE O.

Publicaciones Recientes (1).

Hemos visto con sumo placer el número primero del segundo tomo de la *Biblioteca Universal de todos los conocimientos humanos*, que publica una sociedad literaria y que es á nuestro parecer una de las obras mas útiles que actualmente salen á luz en nuestro pais. Una de las circunstancias que mas recomiendan esta obra es la baratura de su precio, única que en el estado actual de las cosas puede hacerla popular en España; y es evidente que lo que mas se necesita en España es que descienda la ilustracion á las

(1) La abundancia de materiales no nos permitió insertar este artículo en el número anterior, para el que fue escrito.

clases bajas del pueblo, harto ignorante por desgracia. Esto solo puede lograrse por medio de obras *baratas*; é insistimos en la baratura, porque de nada servirá que una obra sea excelente si su alto precio impide que pueda cundir entre las masas, generalmente poco acomodadas de la nacion. Claro está que si á esta circunstancia añade una obra la de ser buena, nada mas habrá que pedirle; y esta es la razon porque con toda la sinceridad de nuestra alma recomendamos á todas las personas de gusto la *Biblioteca Universal de todos los conocimientos humanos*.

Pero por lo mismo que esta obra nos parece destinada á ser una de las que mas influyen en el gusto del pueblo, no quisieramos que el espíritu de partido ó el calor de la discusion hiciesen á sus redactores estampar en ella frases tan poco acertadas á nuestro parecer como la que hemos leído en la primera entrega del segundo tomo en el analisis del *Maniquí*.... "Pero si las obras »originales dice, han de ser como el *Maniquí*, »vengan traducciones, que por malas que sean serán mas tolerables y no influirán tan directamente en el descrédito de nuestra literatura."

No, no, mil veces no; no vengan traducciones, porque ellas desacreditan mas á nuestra literatura que las mas detestables piezas originales. No vengan traducciones, porque ellas prueban la nulidad de nuestros ingenios, porque son la plaga de nuestros teatros, el baldon de nuestra moderna literatura. Pues que ¿no debe lisongearnos mas ver en nuestra escena una obra original por mala que sea, que no una traduccion del francés? ¿No vale mas que la juventud española se dedique á inventar que á traducir? Lejos de estimular á la empresa ni aun remotamente á que nos dé traducciones, cosa á que ya de suyo propende ella demasiado, unámonos todos para escitarla á que fomente á costa de los mayores sacrificios la literatura nacional. Al redactor de la Biblioteca Universal le irrita ver representado en España un drama tan malo como el *Maniquí*; pero ¿ignora este escritor que solo á fuerza de estímulos, de ensayos, de triunfos, de derrotas puede llegar á establecerse entre los jóvenes autores la emulacion necesaria para producir grandes cosas? ¿No

se acuerda de aquel refran tan conocido; *quién no se embarca no pasa la mar*? ¡Cuántos y cuán desaforados desatinos se oyen todas las noches en los teatros de Paris! Aquel público, idólatra de sus cosas nacionales, hace justicia á aquellos desatinos silvándolos con una energía desconocida en nuestro pais, pero los prefiere para su pasto habitual á las bellezas estrangeras de Calderon y Shakespeare. Se dirá que esto es caer en un exceso; pero ¿no vale mas caer en éste que en el exceso contrario?

Inútil será decir que no tratamos de defender el *Maniquí*: nos ha disgustado tanto como al que mas, pero nos hemos guardado muy bien de pedir traducciones, porque nos causó indignacion oírse las pedir á los que silvaron la *Elena*, el *D. Alvaro*, el *Alfredo* y á todos los que oyen con desagrado esta ó la otra produccion original; porque nos causa indignacion oírse las pedir ahora á los que han silvado el *Maniquí*. Se dá una traduccion mala y todos se consuelan diciendo que otra será mejor: se dá un drama original malo y todos desesperan del ingenio nacional, hasta el punto de pedir que se le ahogue en su cuna bajo un inmenso cúmulo de traducciones, ¡Tan ruin es la idea que tenemos de nosotros mismos!

Y ya que hemos empezado á criticar el analisis del *Maniquí*, hagámoslo todo de una vez. Muy inoportuno y muy perjudicial nos parece el desesperante anatema que lanza el articulista sobre el autor del *Maniquí*. El articulista no conoce al Sr. Andrew Covert-Spring; nosotros tampoco le conocemos, ni aun de vista, pero no por eso nos parece menos inoportuna y perjudicial la crueldad con que le trata.

Que el nombre del autor sea ó deje de ser *estrambótico*, es circunstancia en que no debe hacer alto un crítico sesudo, considerando que no á todos es dado tener un apellido sonoro y armonioso. Creemos ademas que debe tratarse á las gentes con cierto miramiento y no decir á nadie en sus barbas que tiene una *imaginacion raquítica*. Si los periodistas dan en la flor de tratar de este modo á los autores, llegará el caso de que el primer estudio á que tenga que dedicarse

*

un escritor dramático, sea el del florete ó la pistola. Es seguro que el fundado temor de ser durante algunos días el hazme-reir de cuantos leen periódicos en España, basta para retraer á muchos jóvenes de la carrera dramática; y por eso digimos que nos parece muy perjudicial la crueldad con que la *Biblioteca* y otros periódicos han tratado, no solo al *Maniquí* sino á otros dramas algo mas recomendables por su mérito real y por los nombres de sus autores. La persona de un periodista es sagrada en cuanto no traspasa los límites que la están señalados; cuando en vez de consejos prodiga sarcásmos y en vez de razones, insultos, pierde el periodista su carácter *oficial*, aquel carácter que le autoriza á usar del *nos* y á suponerse compuesto de mas de una persona. Siempre suena mal una desvergüenza; pero cuando viene despues de un respetable *nosotros* dicho para espresar un solo individuo, nos recuerda aquello de que no encaja muy bien el *Don con el Turuleque*.

Pero basta ya de sermon, que ni estamos en cuaresma ni es cosa agradable criticar á un colega de quien siempre deseáramos hacer tan justos elogios como al principio de este artículo. Apesar de todo lo que hemos dicho, no se nos oculta que de este abuso (el de poner como hoja de peregil á los autores silvados) nadie tiene tanta culpa como los que los sufren. = E. DE O.

Luisa.

(Cuento fantástico.)

« Como me lo contaron os lo cuento. »

I.

El pais de las aventuras misteriosas, la patria de las silfides y las ondinas, el suelo predilecto de los encantadores y las magas, es la Alemania; la triste, la nebulosa Alemania! Sus bosques, tan antiguos como el

mundo, tan negros como el infierno, son asilo de infinitos duendes y fantasmas: las orillas de sus anchos lagos, cubiertos de una cenicienta y espesa neblina, están herizadas de fuertes castillos feudales, teatros todos de las mas prodigiosas aventuras. ¿Y qué mucho?... En todos ellos reside alguna poderosa maga, ya fije su mansion entre los pilares de sus góticas capillas, ya en sus revueltos subterráneos, ya entre sus desiguales almenas, ya en el húmedo panteon donde duermen con eterno sueño en sus tumbas de piedra los antiguos Señores del castillo.

II.

Hay en las orillas del Rhin una fortaleza de piedra de que era Señor hace trescientos años un baron muy poderoso. Tenia este Baron una hija de diez y seis años. Hablando de ella, decia en la crónica que escribió de aquella época el capellan del castillo, hombre ya asaz contaminado con las nuevas doctrinas de Lutero, estas palabras. — « La condesa Luisa es una viva imagen de su madre la baronesa Matilde, que pasaba por la muger mas hermosa del imperio: sus ojos son del color del cielo en una mañana de primavera: su rostro delicado tiene la palidez de la luna: en su cabello de un color rubio ceniciento brillan reflejos argentinos cuando los hiere la luz del sol: su cuerpo es tan airoso y flexible como una palma oriental. Hay ademas en toda su persona un no sé que de aéreo é ideal que revela una celeste naturaleza. Tal es la condesa Luisa, hija única del Baron de Steinlonberg. »

III.

No es extraño, pues, siendo tan perfecta Luisa, que estuviera su padre tan orgulloso con tan preciosa joya, y que la destinara allá en su mente á los mas brillantes partidos. Cuando la veia el anciano Baron, en los escasos momentos que le dejaba libre la costumbre feudal de estar en guerra con sus vecinos, arrodillada al pie de un crucifijo, cruzadas las manos sobre el pecho y los ojos húmedos de lágrimas, pedir al cielo que conservara la vida de su padre y rezar con fervor por su difunta madre: cuando la oia cantar con una voz tan dulce como la de los ángeles, inclinada como una azucena sobre su harpa de ébano, las dulces baladas tirolesas, ó la veia descifrar con una paciencia infinita, para disipar los cuidados que anublaban la frente del poderoso Baron, las crónicas de sus antecesores manuscritas en anchos pergaminos: cuando consideraba, en

fin, que aquella delicada flor, aquel ángel de luz era el único consuelo de su ancianidad, la única criatura que sabia con una sonrisa ó una mirada de amor despejar su frente sombría como un cielo de invierno, entonces se la hubiera negado aun al mismo Emperador de Alemania.

IV.

Y con mas motivo á quien no fuera príncipe ni Emperador. Porque en efecto, debe ser cosa amarga para un anciano desprenderse del objeto mas querido de su corazon, dar á otro voluntariamente un pedazo de su alma, y no saber cuál será la suerte que la espera bajo la proteccion del hombre á quien la entrega. Si fuera evidente que todos nuestros afectos son hijos del egoismo, que no son mas que un reflejo del afecto profundo que cada cual se profesa á sí mismo: si estuviera bastante probado este vergonzoso secreto de la naturaleza humana, diriamos que el Baron se amaba tanto que no queria esponerse á tener un disgusto viendo á su hija infeliz ó malograda.

V.

Al Emperador de Alemania tampoco le hubiera dado Luisa su mano voluntariamente, y en esto á lo menos era de la misma opinion que su padre. Pero la hermosa niña amaba ya con aquella ternura inefable con que se ama á los diez y seis años, y cuando lo supo el Baron penetró en su alma la mas profunda amargura. Hasta entonces él habia sido el único objeto de los pensamientos de Luisa, el único ser por quien alguna vez se habia despertado sobresaltada en medio de la noche. Cuando conoció al que amaba su hija, sintió hacia él un odio implacable y le maldijo en el fondo de su corazon.

VI.

Arturo sin embargo no era digno de ser aborrecido: Luisa le hacia mas justicia amándole con toda su alma. Era éste uno de aquellos jóvenes blancos como la nieve, apasionados y romanescos en que tanto abunda la Alemania: uno de aquellos seres sublimes y melancólicos, cuyo tipo se encuentra en Schiller y en Mozart, especies de ángeles desterrados del cielo, condenados, por una injusta fatalidad, á vivir entre los hombres. Tal era el joven Arturo.

VII.

Sus ojos de un azul sombrío, húmedos y rasgados, se dirigian continuamente al cielo con una espresion de amargura indecible, y se veia al mismo tiempo en su frente, de una blancura celestial, la mas profunda resignacion. Sus lábios, entreabiertos como una rosa de verano, exhalaban un aliento perfumado y purísimo. Su rostro, perfectamente ovalado, mostraba aquella inocente serenidad que tanto nos hechiza en el semblante de los niños; y aunque era alto de cuerpo y gallardo como un mancebo, se traducia en todo él una delicadeza mugeril.

VIII.

Así que, inútil será decir cuanto se amaban Luisa y Arturo: sus almas se comprendian como dos hermanas gemelas, y hasta cierto punto formaban parte la una de la otra. Separarlas hubiera sido destruirlas, hubiera sido cortar el lirio de su tallo, arrancar al laud sus cuerdas sonóras. Sus dos almas unidas formaban una misteriosa armonía: su amor era una predestinacion, un efecto del inevitable influjo de las estrellas.

IX.

Estaba el cielo cubierto de nubes: algunos relámpagos amarillentos desgarraban de cuando en cuando su negro velo: un viento agudo y sonoro sacudia las altas ramas de los pinos, gigantes embozados en sus capas de escarcha: el reloj de un monasterio vecino acababa de dar las 6 de la tarde, cuando atravesaba Arturo un bosque contiguo á la morada del soberbio Baron. Caminaba el joven á muy buen paso, pero volviendo atrás la cabeza continuamente y parándose para percibir el menor ruido: la palidez natural de su rostro estaba entonces aumentada por el terror supersticioso que le causaba la soledad de aquellos sitios.

X.

¡Triste soledad!—Arturo no temia hallarse con una partida de salteadores, ni ver de repente brillar sobre su pecho el puñal de un asesino: no temia estraviarse en aquel laberinto de árboles que tan bien conocia: la próxima tempestad solo le causaba un leve sobresalto, y sin embargo su corazon latia apresurado como el de un ruiseñor aprisionado entre las manos de un niño.



XI.

Porque cada árbol cubierto de nieve que veía á lo lejos le parecía una fantasma evocada de su sepulcro; á cada golpe que le daban al andar las ramas de los arbustos, creía sentir sobre su cuerpo la mano helada de algun duende. Y no es extraño que así fuera; Arturo vivía en el siglo XVI, siglo de candor y de fé, de credulidad y de religion. Iba, pues, andando Arturo con no poco miedo, cuando llegó este en su corazón al mas alto punto, al ver brillar entre las ramas, á la repentina luz de un relámpago, un bulto metálico que espedía reflejos de color de sangre.

XII.

Entonces toda la suya se le heló en las venas y quedó inmóvil sin que le fuera posible dar un paso adelante ni atras: los reflejos azules de sus cabellos negros como el azabache se veían cubiertos de un sudor casi cuajado.— La oscuridad crecía por instantes y con ella el rumor del viento arrecido: volvió á herir la luz de un relámpago en el bulto metálico y Arturo se estremeció de nuevo hasta la médula de sus huesos, porque en efecto era supersticioso y débil como una muger.

XIII.

No le era posible seguir adelante y sin embargo sabía que su Luisa le esperaba en su estancia, donde le habia prometido recibirle aquella noche por estar ausente su padre: se lo habia prometido en una carta que confiada á un mensajero infiel, llegó primero á manos del Baron de Steinlonberg que á las de Arturo. Este por fin, se resuelve á seguir adelante: despues de haberse encomendado á la Virgen María con todo fervor, arrodillado sobre la yerba encanecida por la escarcha, sigue su camino hácia el castillo, cuyas altas almenas se desprendían apenas á lo lejos del fondo adusto del horizonte.

XIV.

Sus lábios pronunciaban el dulce nombre de Luisa: el sobresalto le hacia derramar algunas lágrimas y apenas podían sostenerle sus rodillas. Cada vez que algun relámpago le descubría el objeto de su terror, cerraba los ojos como un hombre que conoce el peligro y se resuelve á no hacer resistencia. Al cabo de pocos momentos, al volver una senda, vió delante de sí, tan

cerca que podía alcanzarle con la mano, un guerrero armado de punta en blanco: este guerrero era el Baron de Steinlonberg.

XV.

— Adonde vas? le dijo con voz tan bronca y destemplada que Arturo creyó oír junto á sí la esplosion de un arma de fuego. ¡Imprudente! ¡Pensabas poder arrebatár á un anciano el único consuelo de su vida!.... Oh! maldición sobre tí!.... Apenas oyó estas palabras, sintió el desgraciado jóven penetrar en su pecho la punta helada de un puñal, y cayó al suelo, como una flor arrancada por el huracan; un instante despues exhaló el último suspiro, con un sonido tan tenue y fugitivo como el que forma resbalando sobre las cuerdas del harpa una mano moribunda. Caía la lluvia á torrentes, y apenas tocó al suelo el cadáver de Arturo, le arrebató en sus aguas un arroyo desprendido de la mas cercana colina.... entonces tembló el soberbio Baron: un terror supersticioso embotó por un momento todos las potencias de su alma.

XVI.

En la noche de aquel mismo día, estaba el padre de Luisa en un salon del castillo, acompañado del capellan cronista que con una voz lenta y monótona leía en alta voz las sublimes palabras de la Biblia, traducida al aleman. Ardía una encina entera en la inmensa chimenea de la estancia, y la lámpara de hierro que pendía del techo, bañaba las paredes y los trofeos que la adornaban en una luz tibia y amarillenta.

XVII.

Sumergido estaba el Baron en inquietas meditaciones, lo que se conocía por los movimientos bruscos con que se revolvía en su sillón, como un oso apresado en estrecha jaula: de cuando en cuando salía de su pecho alguno que otro ronco suspiro. Estaba ya bastante entrada la noche, y aquella hora avanzada, y la voz lenta del capellan y el suave calor de la chimenea, todo contribuyó á sumergirle en aquel agradable medio sueño, semejante al que cierra despues de comer, en sus muelles sillones, los espesos párpados de los canónigos toledanos.

XVIII.

Frontero al sillón que ocupaba junto á la chimenea el padre de Luisa, habia un sillón vacío. Entrea-

brió éste los ojos al cabo de una hora de sueño, y no sería fácil decir lo que sintió al ver delante de sí, sentado en el sillón frontero al suyo, un guerrero vestido de armas negras, estrechando entre sus brazos á la hermosa Luisa, y al oír los nombres de Arturo! Luisa! suspirados con amor por aquellos dos jóvenes apasionados. Al mismo tiempo resonaban en los oídos del Barón las palabras de la escritura, pronunciadas lentamente por la voz severa del capellán.

XIX.

Es el caso que todo esto debía ser una ilusión de aquel padre celoso, porque Luisa entretanto estaba sola en su estancia tendiendo la vista por el balcón abierto, sobre el espeso bosque que hasta donde podía alcanzar la vista rodeaba el castillo. Apoyada la frente en la palma de la mano, cargados los ojos de ternura y de esperanza, llena su alma de inquietud, esperaba á su Arturo la dulce niña, sin saber á que atribuir su tardanza.

XX.

Muchos motivos tenía Luisa para estar inquieta, pero era el mayor de todos saber que debían estar prontos á entrar en campaña para el día siguiente todos los vasallos, en edad de tomar las armas, dependientes de aquella gran Baronía; su señor feudal lo había exigido así para terminar de una vez sus contiendas con otro Barón no menos inquieto y belicoso que él. Arturo era vasallo del padre de Luisa, no porque hubiera nacido en sus dominios, pues nadie sabía quienes eran sus padres, ni como ó cuando se había establecido en aquellas cercanías: pero se hallaba en ellas, estaba en edad de tomar las armas y fuese noble ó villano, cosa que nadie sabía, era menester que al día siguiente, al primer toque de la trompeta estuviese formado en frente del castillo, bajo las banderas feudales del Barón de Steinlorberg.

XXI.

A la tempestad de aquella tarde había sucedido una de aquellas noches blancas y frías que tan generales son en los países del Norte: parecía que la bóveda del cielo reflejaba el color de un suelo cubierto de nieve. Mas de una hora hacía ya que estaba Luisa en su balcón, sumergida en mil vagas ideas, cuando vio á lo lejos acercarse al castillo con toda velocidad un bulto

negro, que luego distinguió ser un hombre y un caballo que á toda carrera se adelantaban. Estaba el hombre cubierto de armas negras y era el caballo del mismo color que las armas del caballero. En su gallardo porte, en la gracia de sus movimientos reconoció Luisa al joven Arturo: pocos instantes después, una escala de seda reunió á los dos afortunados amantes. El caballo quedó atado á una argolla bajo el balcón de la doncella, golpeando las guijas del suelo con su ferrada planta.

XXII.

Creyó Luisa hallarse bajo la influencia de un sueño, cuando de repente, sin acordarse de haber salido del castillo, se halló sentada á la grupa del caballo negro que montaba Arturo, y sintió sobre su cintura la presión de una mano cubierta de hierro que fuertemente la sujetaba: esta mano era la de Arturo. Él y su amada cruzaban á caballo con la rapidez del relámpago bosques y selvas y llanuras inmensas, acercándose mas y mas á un horizonte oscurísimo donde serpeaban en rápida vislumbre algunas ráfagas de luz. El cielo por lo demás estaba como antes puro, blanco y sereno: pero la pobre Luisa se hallaba en una agonía inesplicable; pálida como la muerte, los ojos descajados, seca y fría, los cabellos herizados, violentamente oprimida su linda boca con ambos puños cerrados, temblaba la hermosa niña en los brazos de aquella horrible fantasma, como la tímida gacela entre las garras del tigre....

XXIII.

Al choque de los pies del negro troton brotaban chispas del suelo, y por los ojos y por la boca arrojaba el noble bruto llamas azules y rojas; el mas profundo silencio reinaba enderredor y ni aun se oía el ruido de las pisadas del alazan. Después de haber andado dos horas por lo menos, llegaron Luisa y Arturo á la entrada de una gruta; bañaba la atmósfera una media luz semejante al último crepúsculo de la tarde. Apeose el caballero de las armas negras y con gentil cortesía, puesta una rodilla entera y la otra doblada á guisa de estribo, ofreció su mano á Luisa y la ayudó á apearse del negro palafren.

XXIV.

Estaban los dos jóvenes á la entrada de la gruta, Luisa palpitando aun de terror, Arturo grave é in-

móvil como una estatua de bronce. "Luisa, Luisa, dijo éste con una voz tan triste y cavernosa que parecía salir de un profundo subterráneo, — vamos á separarnos para siempre! — Dame tu mano, Luisa, — deja que estampe mis labios en los tuyos."

XXV.

Y quitándose la manopla de la diestra, presentó á su amada los dedos largos y nudosos de una mano de esqueleto — y levantando con la izquierda el casco guerrero, dejó ver el cráneo pelado y la espresion sardónica de una calavera, cuyas huecas facciones, vistas á la luz de la luna, formaban un conjunto verdaderamente horrible y temeroso; — aquella calavera movia sus labios de hueso como si quisiera articular algun sonido. Dió entonces la fantasma un paso para acercarse á Luisa; pero ésta lanzando un grito de horror y sacando nuevas fuerzas de aquella sensacion profunda, corrió hácia la gruta y penetró en ella, delirante, frenética como penetra en los abismos un alma criminal acosada por los espíritus infernales. Fue sin embargo aquella sensacion tan violenta como rápida, pues familiarizada ya por decirlo así con las impresiones sobrenaturales de aquella noche, volvió pronto en sí y volvió la vista atónita á todos lados para reconocer el sitio en que se hallaba. ¡Cuál fue entonces su admiracion! vió que era aquel una gruta fresca y hermosa, cubierta de algas y conchas marinas, en que se respiraba un ambiente puro como el que refresca en las noches de verano el rostro de las hermosas sobre las aguas de los canales en las góndolas venecianas.

XXVI.

Oyó Luisa á corta distancia los ecos de una dulce armonía, lenta, melancólica, sublime; un concierto de harpas é instrumentos desconocidos unido á la acorde modulacion de algunos acentos mugeriles. Era un himno funeral, un canto de muerte lo que tan dulcemente sonaba; y á la horrible agitacion en que hasta entonces se habia hallado Luisa, sintió ésta suceder en su pecho un sentimiento de lánguida tristeza, inefable y profunda. Continuó adelantándose hácia el sitio de donde salian aquellos sonidos; pero sin duda debia éste estar muy lejano ó ir retrocediendo lentamente y sin que ella lo advirtiera, porque aun despues de haber andado mucho, siempre se hallaba á igual distancia del término de la gruta. Sentia Luisa una especie de

mareo, de aturdimiento; pero ni sufría ni se creía desgraciada. Empezó de nuevo á circular la sangre en sus venas, y dos lágrimas de ternura humedecieron sus párpados. Llegó en fin al término deseado y penetró en una estancia cuyas paredes eran tan diáfanas y cristalinas que no parecía sino que el éter del cielo las circundaba por todas partes: en un lado de aquella estancia vió una escena capaz de conmover un corazón de roca.

XXVII.

Un grupo de mugeres hermosas como ángeles, reclinadas sobre harpas de cristal, y veladas con blancos cendales y largas cabelleras argentinas, rodeaba un túmulo formado de conchas y yerbas, sobre el cual yacia el cadáver de un jóven. Una muger, mas hermosa que todas las mugeres, reclinado el cuerpo sobre el cadáver, le miraba con amor, humedecía con el aliento de su boca sus cárdenos labios y la frente pálida del mancebo, derramando al mismo tiempo sobre él un torrente de lágrimas. En el rostro de aquella muger brillaba la ideal belleza de las Ondinas: ella lo era en efecto. Un momento despues de haber entrado Luisa en aquella estancia, huyeron despavoridas al verla las jóvenes que con sus harpas de cristal llenaban el aire de una celeste armonía. Al ver el espectáculo que tenia delante, sintió Luisa abrirse de nuevo todas las llagas de su corazón, porque en aquel jóven muerto reconoció á su desgraciado amante Arturo. En su rostro, privado de vida, reinaba aquella calma infantil que tanto la embellecía en tiempos mas felices, pero se veían en él algunas violentas contracciones, horribles indicios de la agonía que debió preceder á la muerte de aquel desgraciado.

XXVIII.

—Ven, ven, dijo á Luisa la muger que lloraba sobre el cuerpo de Arturo; ven; por tí murió este mi desgraciado hijo. Yo le recogí en mis brazos porque me hallaba entre las aguas del arroyo junto al cual le asesinó tu infame padre. ¡Qué horror! Ven, fatal muger, ven; contempla tu víctima. — ¡Mi víctima! exclamó Luisa: ¡Oh! no, no. — Y diciendo esto voló con los brazos abiertos hácia el hermoso hijo de la Ondina; pero no bien hubo tocado su cuerpo frio, cuando desplomándose el lecho de conchas y de yerbas en que yacia tendido Arturo, se sintió arrebatada, llevando entre sus brazos á su perdido amante, por una corriente impetuosa. Durante algunos minutos la persiguió como su

sombra la imágen de la desolada Ondina, que en pie á la orilla del agua, adelantándose con la misma velocidad que la corriente, aunque sin dar paso alguno, la miraba con una espresion indefinible de despecho y amargura. Desapareció por fin esta imágen, y Luisa, privada ya de sentido, se dejó llevar por la corriente sin soltar el cuerpo del infeliz Arturo.

XXIX.

Terrible fue la batalla en que el Baron de Steinlonberg, por terminar de una vez sus desavenencias con otro caballero tan poderoso como él, perdió la mayor parte de sus soldados y todas las posesiones de su Baronía, escepto el fuerte castillo situado en las orillas del Rhin. Al fin de la prolija relacion de esta batalla que inserta en la página 542 de la ya citada crónica el capellan del castillo, se lee lo siguiente: "Serian las siete de la tarde, cuando el Baron, perdida ya toda esperanza, se retiró del campo de batalla, seguido de algunos escuderos y del autor de esta crónica. No menos rendido de cansancio que su Señor, estaba el hermoso alazan andaluz del Baron: tuvo pues éste que detenerse en un espeso bosque, distante como hasta tres millas de su fortaleza. Sentóse sobre la yerba al márgen de un arroyo, y mientras estaba sumergido en sus amargas meditaciones, aumentó de repente la espantosa lluvia que durante todo el dia habian estado despidiendo las nubes. La corriente arrecida del arroyo junto al cual descansaba el Baron, trajo al cabo de pocos momentos entre sus aguas y depositó á sus pies dos cuerpos abrazados: uno de ellos era el de su hija única, la hermosa Luisa. No me fue ya posible ocultarle el terrible secreto que yo sabia por casualidad, y que hasta entonces habia podido ocultarle. ¡Infeliz! Entré la noche del dia anterior en la estancia de la condesa Luisa, pero demasiado tarde por desgracia, por evitar su temprana muerte. Aun no habia yo pasado el dintel de su puerta cuando á la claridad de la luna, vi á la hermosa jóven precipitarse desde su ventana en un arroyo que corria á los pies del castillo, y en cuyas aguas vió la infeliz, que acababa de despertarse de un largo y agitado sueño, el cadáver de un jóven á quien amaba con toda su alma. Cuando acudí á sacarla de las aguas, á ella y al jóven se los habia llevado ya la corriente. Oculté esta horrible noticia al Baron, esperando siempre que no seria mortal para su hija aquella caida y tomando las mas minuciosas precauciones para

descubrir su paradero. ¡Pero todo fue inútil! Cuando volví á verla en el bosque donde estaba su padre ya habia espirado. El desgraciado Baron al verlo perdió el juicio enteramente, y pocos meses despues murió de pesadumbre en el castillo de sus mayores."

XXX.

No obstante la autenticidad evidente de este documento, insiste la tradicion popular en explicar estos sucesos del modo que dejo referido; dando por cosa segura que el jóven y malogrado Arturo era hijo de una Ondina y no en manera alguna de muger humana. Nuestros lectores elegirán la que mejor les parezca de estas dos explicaciones, la del capellan cronista ó la de la tradicion popular; pero el compilador Español de estos sucesos prefiere la última por razones que no es del caso especificar.= E. DE O.



Mi Musa.

..... " C'est une fée
Qui lui parle, et qu'on ne voit pas. "
Victor-Hugo.

I.

Puro aroma de ambrosia
De tus alas tú que espides,
Ven á verme y no me olvides
Ó modesta musa mia.
Ven; mi lira de tí amada
Entre el polvo abandonada
Impaciente espera ya,
Que reveles á mi oido

Lo que es y lo que ha sido

Y tambien lo que será.

Ven, ó musa: tu doraste

La felice infancia mia:

La alma flor de poesia

Tu en mi pecho colocaste,

Tu á mi frente juvenil

Ceñiste guirnaldas mil

De ciprés, de rosa y palma....

¡Virgen pura tan querida!...

Tu eres alma de mi vida,

¡Tu eres vida de mi alma !!...

II.

Como silfide, mi hermosa

Jóven musa virginal,

Sobre el cáliz de la rosa

Y en los átomos se posa

De la niebla matinal.

Ya en las cuerdas de mi lira

Caprichosa juguetea:

Ya sonrie, ya suspira,

Ya en los ojos de mi Amira

Cual lucero centellea.

Ya en mis sueños me aparece

Como angélica beldad,

Y mi sueño inquieta mece,

Y á mi mente el vaso ofrece

Dó se encierra la verdad.

Ya se esconde entre el vapor

Que levanta la laguna:

Ya en las hojas de la flor,

Ya en los lábios del amor,

Ya en los rayos de la luna.

De mi lecho en torno vuela

Y me inunda en claridad:

En mis penas me consuela,

Y su acento me revela

La sublime eternidad.

III.

Musa, tu fuiste para mí la estrella

Que al marinero guia:

Y tú del mundo en la difícil via

Dirijiste mi huella.

Y en mi primera edad, musa querida,

Tu regazo me diste,

Y hermosa siempre y cariñosa fuiste

El angel de mi vida.

¡Cuántas veces el llanto de mis ojos

Tus alas enjugaron

Y tus caricias místicas templaron

Mis amargos enojos!

Aquel vago pesar que al alma agita

Con inquietos deseos,

Cuando nuestros celestes devaneos

La experiencia marchita,

Probé infeliz en mis primeros años

Con odiosa fortuna,

Y ajaron mis creencias una á una

Funestos desengaños.

¡Oh! cuando al hombre conocí y al mundo

Cuál fue mi pena triste!

Cuán grande mi dolor! musa, tu viste

Mi desmayo profundo.

Entonce en tristes lágrimas deshecho

Busqué tu alhago blando,

Y hallé dulce consuelo reclinando

Mi cabeza en tu pecho.

Tu aliento perfumado refrescaba

El ardor de mi frente,

Y mi aflijido corazon doliente

Tu amor desamargaba.

Gracias, musa, te doy: si en esta vida

Disfruté de ventura

Tal vez alguna aurora, á tu ternura

Ó virgen, fue debida.

IV.

Hija feliz del regio Manzanares,

Dejaste su corriente placentera

Y á mitigar viniste mis pesares

Del opulento Sena en la ribera.

Si yo tornara á mis paternos lares,

Solo al cielo en mis súplicas pidiera

Que resuenen jamás los cantos mios

En las orillas de extranjeros rios.

Paris.—1832.

E. DE O.



LUCRECIA BORJA.

He aquí por fin una obra verdaderamente romántica: ya, gracias á Dios, no nos vendrán diciéndo ciertos séres que el romanticismo es una quimera, un sueño vano que no existe mas que en las cabezas de algunos fanáticos, ó á lo mas una cosa en profecía como el Mesías imaginario de los judíos. Ya es evidente que el romanticismo, bueno ó malo, existe; y no es poco haber logrado tamaño triunfo.

Loor, pues, á la empresa que ha tenido la feliz idea de trasportar á nuestra escena esta obra de Victor Hugo; nadie nos diga ya que ignora que cosa es *eso que llaman romanticismo*: si lo ignoran, vayan á ver *Lucrecia Borja* y lo sabrán, salvo luego el discutir si les gusta ó no les gusta el género romántico. Porque *Lucrecia Borja* con sus grandes defectos, con sus sublimes bellezas, es la personificación de ese género grandioso, creado por Calderon y Shakespeare, cultivado con tan brillante éxito por Goethe y Schiller, y elevado á tanta altura por los dos colosos del moderno teatro francés, Victor Hugo y Alejandro Dumás. La obra maestra de este último es su admirable *Antony*, que muchos critican de oídas; la del primero puede ser cualquiera de las que ha dado en estos últimos años al teatro, porque en efecto, ¿cuál puede ser superior á *Marion Delorme*? ¿cuál puede serlo al *Angelo*? ¿cuál á *Lucrecia Borja*? Justo será decir, sin embargo, que en Francia muchos, casi todos los literatos dan la palma á esta última sobre todas las demas.

Lucrecia Borja es una creación tan gigantesca como el genio de Victor Hugo: obra destinada, como todas las de este poeta, á formar época en su siglo, no puede menos de arrebatar á cuantas personas sean capaces de sentir, cualesquiera que sean sus opiniones literarias, porque este es el privilegio del genio. En cualquier tiempo, en cualquier país entusiasmará *Lucrecia Borja* á las personas capaces de comprenderla; y solo á estas personas, porque..... porque el comerciante de los Es-

tados-Unidos no aprecia un dibujo de Miguel Angel ni una oda de Tomás Moore: porque nadie puede apreciar mas que aquello que está al alcance de su inteligencia. Y es evidente que el hombre que se rie en medio de una sinfonía de Beethoven, no es capaz de comprender á este sublime creador; el hombre que se rie en el acto quinto de *Lucrecia*, no es capaz de comprender á Victor Hugo.

Hacer ahora el elogio de este drama seria superfluo; pero no lo será presentar algunas reflexiones que se nos ocurren sobre sus consecuencias probables en la escena española, y esto es lo que á todos nos interesa mas.

Es todavia muy dudoso para algunos si *Lucrecia Borja* ha gustado ó no en Madrid; para nosotros es evidente *que no ha gustado*, y mas diremos, *que era imposible que gustara*. Esta declaración, en boca de personas á quienes seguramente no se tachará de parcialidad en favor del clasicismo, ha menester esplicaciones y comentarios; pero como estos y aquellas nos precisarian á decir cosas poco agradables, preferimos pasarlas por alto, limitándonos á decir que aunque *Lucrecia* ha sido aplaudida, no ha gustado ni podido gustar, por la misma razon porque no gustó ni pudo gustar el admirable Don Juan de Mozart. *Lucrecia Borja* ha aterrado á nuestro público, le ha cogido de improviso y por fuerza le ha arrancado aplausos; por eso, para no esponerse al bochorno de repetir aquellos aplausos *forzados*, arrancados á su debilidad, tuvo muy buen cuidado de no volver á las siguientes representaciones. Este drama, lo repetimos, ha aterrado, ha conmovido hasta el fondo de sus entrañas á los espectadores españoles, ha ejercido sobre ellos el influjo de un talisman, pero decir que les ha *gustado* seria inesacto; seria decir que le gusta la luz del sol, cuando hiere por primera vez sus ojos, al cautivo encerrado desde su infancia en un calabozo oscurísimo. El público ha entrevisto en *Lucrecia Borja* un coloso, y pagado el tributo de admiración que nunca podemos rehusar á las grandes obras de los hombres; pero no ha podido abarcar de una ojeada las dimensiones de este coloso: por eso no ha conocido sus bellezas, por

eso no le *ha gustado*. Inútil será decir que hablamos del público que asiste á *la Camila* con preferencia á *la Vida es sueño*, del que silva el *Tejedor de Segovia etc. etc.*.... y no de muchas personas ilustradas cuya opinion respetamos sea ó no sea conforme con la nuestra.

Cuando nuestro público se familiarice con la poesía grandiosa del género romántico, cuando á la sorpresa y al susto que ahora le causan los dramas de esta naturaleza suceda en su ánimo la meditacion, creemos que le gustarán Lucrecia Borja y todas las obras de Victor Hugo, como tambien que en vez de dejar desiertos los teatros cuando se representen piezas de nuestros antiguos poetas, llenará aquellos y aplaudirá estas últimas con delirio. Esto para nosotros es evidente; aunque veamos al público en el dia aplaudir á Victor Hugo, no creeremos en la sinceridad de estos aplausos: aun no hace un año que silvó para su eterno desdoro, un drama de Alarcon. Pero es seguro que llegará un dia en que esto acabe, porque los públicos se instruyen como las personas; entonces creemos que cuando se represente Lucrecia Borja, los aplausos serán universales; creemos que no oirán risotadas en el acto quinto, ni muchas opiniones particulares espresadas en estos términos, *tiene cosas bonitas*, como hemos oido decir á no pocas personas, ni estará punto menos que vacío el teatro á la cuarta representacion.

Digamos tambien en honor de la verdad que serian menos numerosas las señales de desaprobacion en los dramas románticos. si no fuera tan crecido el número de los que van á las lunetas á lucir su memoria, probando que aun no han olvidado los trozos del arte poética que aprendieron de mocitos en el aula.

Si *Lucrecia Borja* hubiera gustado realmente como gustó la *Norma* por egemplo, desde el sábado hasta el jueves todas las noches hubiera estado lleno el teatro, como lo estuvo en París el de la *Porte S. Martin* siempre que se representó este drama. — Pero en vez de desalentarnos al ver la apatía del público, debemos formar las mas li-songeras esperanzas, seguros de que llegará un dia en que desvanecido el tedio con que le han

hecho mirar la escena española los muchos insulsos dramas que en ella ha visto representados, se despertará su antiguo amor al teatro, juzgará solo por sus propias sensaciones las obras del arte, y con su proteccion y su entusiasmo estimulará á emprender grandes obras de estudio y de conciencia á los artistas nacionales. Bajo este aspecto Lucrecia Borja ha hecho un gran servicio á nuestro pais; esta obra contribuirá en gran manera á despertar nuestro antiguo amor al teatro y á las grandes creaciones dramáticas, de que tantas muestras han dado al mundo en tiempos mas felices para el arte los ingenios españoles.

E. DE O.

No nos es posible publicar en este número la estampa que debe acompañar á *Luisa*, pero saldrá sin falta en el siguiente con otra de D. F. de M.

Con mucho dolor anunciamos la desgraciada muerte del célebre pintor, Baron Gros, acerca del cual publicaremos algunas noticias en el próximo número.

Anuncio.

LUCRECIA BORGIA. = Drama nuevo en 5 actos, traduccion del que con igual título escribió en frances el célebre Victor Hugo. Esta interesante composicion, que tantos aplausos ha merecido en sus muchas representaciones, se vende impresa á 5 reales en Madrid en la librería de *Escamilla* calle de Carretas, donde se halla la coleccion de comedias modernas, y las recientemente publicadas cuyos títulos son: Blanca de Borbon. — Incertidumbre y Amor. — Batilde ó la América del Norte en 1775. — Un tio en Indias. — Partir á tiempo. — ¡Un Liberal!!

ESTAMPA:

Don Manuel José Quintana.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.



10' Lot' de Madrid

Luiza.

(Cuento fantástico)

eso no le *ha gustado*. Inútil será decir que hablamos del público que asiste á *la Camila* con preferencia á *la Vida es sueño*, del que silva el *Tejedor de Segovia* etc. etc.... y no de muchas personas ilustradas cuya opinion respetamos sea ó no sea conforme con la nuestra.

Cuando nuestro público se familiarice con la poesía grandiosa del género romántico, cuando á la sorpresa y al susto que ahora le causan los dramas de esta naturaleza suceda en su ánimo la meditacion, creemos que le gustarán Lucrecia Borja y todas las obras de Victor Hugo, como tambien que en vez de dejar desiertos los teatros cuando se representen piezas de nuestros antiguos poetas, llenará aquellos y aplaudirá estas últimas con delirio. Esto para nosotros es evidente; aunque veamos al público en el dia aplaudir á Victor Hugo, no creéremos en la sinceridad de estos aplausos: aun no hace un año que silvó para su eterno desdoro, un drama de Alarcon. Pero es seguro que llegará un dia en que esto acabe, porque los públicos se instruyen como las personas; entonces creemos que cuando se represente Lucrecia Borja, los aplausos serán universales; creemos que no oirán risotadas en el acto quinto, ni muchas opiniones particulares espresadas en estos términos, *tiene cosas bonitas*, como hemos oido decir á no pocas personas, ni estará punto menos que vacío el teatro á la cuarta representacion.

Digamos tambien en honor de la verdad que serian menos numerosas las señales de desaprobacion en los dramas románticos, si no fuera tan crecido el número de los que van á las lunetas á lucir su memoria, probando que aun no han olvidado los trozos del arte poética que aprendieron de mocitos en el aula.

Si *Lucrecia Borja* hubiera gustado realmente como gustó la *Norma* por egemplo, desde el sábado hasta el jueves todas las noches hubiera estado lleno el teatro, como lo estuvo en París el de la *Porte S. Martin* siempre que se representó este drama. — Pero en vez de desalentarnos al ver la apatía del público, debemos formar las mas lisongeras esperanzas, seguros de que llegará un dia en que desvanecido el tedio con que le han

hecho mirar la escena española los muchos insulsos dramas que en ella ha visto representados, se despertará su antiguo amor al teatro, juzgará solo por sus propias sensaciones las obras del arte, y con su proteccion y su entusiasmo estimulará á emprender grandes obras de estudio y de conciencia á los artistas nacionales. Bajo este aspecto Lucrecia Borja ha hecho un gran servicio á nuestro pais; esta obra contribuirá en gran manera á despertar nuestro antiguo amor al teatro y á las grandes creaciones dramáticas, de que tantas muestras han dado al mundo en tiempos mas felices para el arte los ingenios españoles.

E. DE O.

No nos es posible publicar en este número la estampa que debe acompañar á *Luisa*, pero saldrá sin falta en el siguiente con otra de D. F. de M.

Con mucho dolor anunciamos la desgraciada muerte del célebre pintor, Baron Gros, acerca del cual publicaremos algunas noticias en el próximo número.

Anuncio.

LUCRECIA BORGIA. — Drama nuevo en 5 actos, traduccion del que con igual título escribió en frances el célebre Victor Hugo. Esta interesante composicion, que tantos aplausos ha merecido en sus muchas representaciones, se vende impresa á 5 reales en Madrid en la librería de *Escamilla* calle de Carretas, donde se halla la coleccion de comedias modernas, y las recientemente publicadas cuyos títulos son: *Blanca de Borbon*. — *Incertidumbre y Amor*. — *Batilde ó la América del Norte* en 1775. — *Un tio en Indias*. — *Partir á tiempo*. — ¡Un Liberal!!

ESTAMPA:

Don Manuel José Quintana.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE L. SANCHA.



R^{ta} Lit^a de Madrid.

Quisa.

(Cuento fantástico)



EL ARTISTA.



R¹ Lit.^a de Madrid.

*"Una mujer! con su flotante velo
toco' al pasar mi frente."*

(La Agitacion.)

